



PAPELES INVERTIDOS

El error de Rajoy fue dejarse arrebatar la iniciativa; el de Rubalcaba, tratar a su rival como si ya fuese presidente

EL principal interés del debate de anoche reside en su eventual impacto sobre la tercera España, la olvidada España moderada y basculante que es capaz de pensar con su propio criterio, la que no está atada a sus prejuicios como las otras dos que representan los candidatos en liza. Para los autoconvencidos, para los intransigentes, para los trincherizos, el resultado del cara a cara estaba decidido de antemano a favor de sus propias ideas, o sentimientos más bien; de ningún modo están dispuestos a conceder la victoria del que les cae antipático. Esas dos Españas contendientes rara vez se escuchan la una a la otra: sus discursos están viciados de ardor banderizo y dejan huérfanos de representación a los españoles dispuestos a reconocer una idea sin atender a la militancia de su autor.

Quizá esos ciudadanos no sacaran muchas cosas en claro del toma y daca televisado. Rubalcaba no hablaba para ellos; se dirigía a sus votantes desencantados o remisos, a los que intentaba despertar mediante insidiosos juicios de intenciones sobre su adversario, convirtiendo la ambigüedad de Rajoy en un tortuoso designio oculto de liquidación del bienestar social. Rajoy sí incluyó a los españoles de otras tendencias en su genérico llamamiento final de regeneración y alternativa, pero es difícil que te venda esperanza un tipo tan poco empático. Ni uno ni otro son prodigios de telegenia ni de seducción; hicieron lo que pudieron pero por fortuna para ambos han pasado los tiempos en que estas porfías se ganaban por el color de una camisa. Con su cómoda ventaja sociológica, el líder del PP sabía que le bastaba el empate, incluso una derrota por puntos, y sólo tenía como prioridad la de no cometer errores. Cometió el de permitir la iniciativa de su rival, pero fue de menos a más, se defendió con autoridad y devolvió golpes contundentes. Tenía los datos de su parte; su relato crítico de los años de Gobierno zapaterista fue tan demoleedor como la propia realidad.

Rubalcaba no tenía problema en pasarse de marrullero y truquista. Su principal equivocación fue tratar a Rajoy como presidente del Gobierno; asumió la inversión de papeles y parecía dominar mejor el programa del PP que el suyo. Empezó nervioso pero cogió rápido la onda y el tono, mejor que un contrincante al que situó varias veces a la defensiva. Su estrategia agresiva se convirtió en una subconsciente paradoja que quizá acabe volviéndose contra él mismo: el representante del partido gobernante le hizo un discurso de oposición al que aspira a sustituirlo.

Al final, los debates no los gana el que más complace a sus hinchas, sino el que mejor coloca sus mensajes. En ese sentido quizá logró algo mejor su objetivo, por soltura y porque sembró dudas sobre el adversario, el que menos tenía que perder. Porque a día de hoy las elecciones las tiene perdidas y parece que hasta él mismo lo da por hecho.